

EL FEMINISMO

COMO PROYECTO FILOSÓFICO-POLÍTICO

1. De los «memoriales de agravios» a las vindicaciones

De la «memoria de agravios» —que son el conjunto de algunas características del género de literatura femenina— podemos encontrar ejemplos especialmente en la Baja Edad Media europea y en el Renacimiento, es decir, mucho antes de las primeras formulaciones de las vindicaciones feministas, que aparecerían en el contexto de la Ilustración. Un ejemplo paradigmático del género «memorial de agravios» sería el ofrecido por Christine de Pizan en su obra *La ciudad de las damas*, la cual era una respuesta a la polémica que se había formado en torno al poema *Roman de la Rose*, en el que se arremetía contra la honra de todo el genérico femenino. Pizan replicaría contra su autor por ser su poema una agresión que no distinguía entre las mujeres cuya conducta moral sí merecía tal agresión y las damas nobles, ya no sólo en sentido social sino ético, que eran de esta forma atacadas injustamente. Para defender la dignidad de estas últimas, Pizan construirá en su obra una ciudad imaginaria y dialogará con figuras femeninas alegóricas como Justicia y Razón. En este diálogo se podrá ver que la obra, y su autora, está definida por el marco que supone la lógica estamental de su tiempo histórico, pues si bien es una defensa contra la honra de aquellas mujeres, no sólo no se ponen en duda —no se *irracionalizan*— las costumbres heredadas como la división sexual del trabajo, sino que se justifican a través de las respuestas que su personaje, Razón, le da. La lógica universalizadora de los derechos es ajena a esa lógica feudal y sólo se impondrá mucho más tarde, constituyendo así la plataforma simbólica e histórico-social desde la cual las mujeres podrán articular sus vindicaciones y poner en cuestión las bases mismas de la legitimidad del poder patriarcal.

2. Las mujeres y la Revolución francesa

Si con el cartesianismo las mujeres fueron promovidas como sujetos epistemológicos, con la Revolución Francesa se van a dar las condiciones para constituirse como sujetos políticos. Para ello fue necesario el desarrollo de la Ilustración como un proceso reflexivo en que la razón servirá, también, para polemizar en torno al *statu quo* y, por tanto, sobre la legitimidad de los poderes constituidos del *Antiguo Régimen*; lo que conllevará a la crisis de *legitimación patriarcal*. Ya no se tratará sólo, como hacía Pizan, de denunciar los abusos de un sistema de dominación aceptando, aún así, su legitimidad, sino de irracionalizar las bases mismas sobre las cuales ese poder se sustenta.

Para ello, las mujeres encontrarán un recurso de gran utilidad: la *resignificación* del lenguaje revolucionario. Esta resignificación consistirá en desplazar el significante de aquellos términos que usaban los revolucionarios para atacar al Antiguo Régimen, pero manteniendo sus connotaciones. De esta manera, para referirse a los hombres que injustamente habían olvidado a la mitad de los oprimidos (las mujeres) utilizarán términos como «aristócratas» o «privilegiados». De esta manera, las mujeres, resignificarán el concepto de Tercer Estado para poder aplicárselo a ellas mismas, poniendo de manifiesto la incoherencia patriarcal que supone irracionalizar los fundamentos de una sociedad jerárquica y no hacerlo, en cambio, con su jerarquización de los sexos. En definitiva, las

mujeres pasarán a autodesignarse como sujetos: se asumen como el segundo estamento del Reino. Y, desde ahí, formulan lo que quieren: la condición de ciudadanas.

Olympe de Gouges, consciente de la no inclusión de las mujeres en la proclamación de los «Derechos del Hombre y del Ciudadano», escribiría la «Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana». Las vindicaciones dispersas que se habían ido formulando en los *Cuadernos de quejas* —escritos en que los diversos estamentos expresaban sus quejas, destinadas a hacerse oír en los Estados Generales— se articularán en esta Declaración formando un cuerpo teórico consistente. Podemos considerarla una crítica del malestar en la cultura, que irracionalizará las bases de la cultura en tanto que patriarcal y pondrá de manifiesto lo ilegítimo de la dominación masculina.

3. El debate en torno a la ciudadanía de las mujeres

El concepto de ciudadanía es el resultado de llevar a cabo una abstracción de los caracteres adscritos del ser humano, es decir, de aquellas que pertenecen a él por nacimiento. A partir de esta abstracción se trata de irracionalizar el fundamento de la pertenencia a un sistema estamental deslegitimándolo en base a esa condición de ciudadano. Si poseemos unas características adscritas dadas, entonces todos aquellos que las compartan serán ciudadanos y, por tanto, los estamentos que entren en contradicción con esta noción dejarán de tener sentido. A las denostadas características adscriptivas se contrapondrá el mérito de los individuos como criterio emergente de legitimidad; de ahí que las mujeres enfatizaran tener los mismos méritos que los varones cuando vindicaban la ciudadanía. Así, en la medida en que la diferencia de sexo es imputable al nacimiento y no al mérito, es decir, en tanto que es una característica adscriptiva, no debería ser tenida en cuenta a la hora de acceder a la ciudadanía. Es decir, las mujeres también son ciudadanas, y su exclusión sólo podría no considerarse tiranía si se demostrase que o bien las mujeres no tienen los mismos derechos naturales, o bien que, aun teniéndolos, no son capaces de ejercerlos. El debate, entonces, se va a centrar en torno a si la condición femenina es o no una característica adscriptiva. Para los jacobinos lo será y, por tanto, también será legítima la exclusión; algo contra lo que las mujeres tratarán de demostrar que es artificial y producto de una educación discriminatoria.

4. La operación Wollstonecraft

El cometido de tratar de demostrar que la condición femenina no era una característica adscrita y que, por tanto, era un prejuicio ilegítimo para fundamentar la condición de ciudadanía, lo asumirá con rigor y pasión Mary Wollstonecraft. Frente a aquellos que, reactivamente, se pertrecharon de argumentos para rehabilitar la tradición y defender el prejuicio, se alzaría Wollstonecraft con su *racionalismo moral*. Dirá que las opiniones se vuelven prejuicios cuando se aceptan indolentemente sólo porque la edad les ha dado un aspecto venerable, aunque la razón sobre la que se fundamenten haya dejado de serlo. Wollstonecraft se niega a acatar poder alguno sustentado en prejuicios, y demandará en su lugar una legitimación racional. Así, y a pesar de sus efectos perversos, Wollstonecraft apostará por la Revolución francesa, o sea, por la coerción del pueblo —la mujer— como única salida a la degeneración inasumible de los estratos superiores de la sociedad —el hombre—. Al fin y al cabo, la voz del *pueblo* en los países ilustrados es siempre la voz de la razón.

Nuestra autora también consideraba que había que rescatar a las mujeres de su subordinación basada en una legitimación tradicional, comparando su caso con el de los cortesanos: hasta que no se demuestre que el cortesano que se somete a los derechos de nacimiento de un hombre esté actuando de tal manera no por moral, sino por una circunstancia consustancial a él, entonces no se puede demostrar que la mujer sea esencialmente inferior al hombre por haber estado siempre subyugada a él. Correlación no implica causalidad. Wollstonecraft, frente al prejuicio, elegirá la racionalidad científica como modelo metódico, proponiendo así la eliminación de cualquier coerción establecida en la sociedad para que así los sexos, verdaderamente responsables de sí mismos, ocupasen el lugar que les corresponde. En definitiva, Mary Wollstonecraft dirá que el pacto social jamás será justo si no se educa a las mujeres mediante las mismas actividades que a los hombres y si no se les permite ser independientes y libres de estos, es decir, hasta que no se las libere de todo prejuicio condicionante que evite su desarrollo individual.

5. El sufragismo

5.1. Sobre anacronismos.

El movimiento sufragista, que fue una respuesta vindicativa a la subordinación social de la mujer por ser en sí misma un *anacronismo* inaceptable, se configurará como otro anacronismo. Al fin y al cabo, las mujeres vindicarán la ciudadanía cuando ésta es ya un tema pendiente marginal y un tanto oblicua a la actualidad política. La pequeña burguesía buscaba ante todo la distinción y no ser asimilada a las clases más bajas, y los obreros estaban en la dinámica de la lucha de clases. Así, en la batalla entre liberalismo y socialismo, las mujeres se encontraban en una posición excéntrica. Sin embargo, en 1848 tendrá lugar la reunión de mujeres notables e ilustres personalidades que se conocerá como «la Convención de Séneca Falls», influida por las ideas de Locke y del *iusnaturalismo*.

Partirán de la idea de que todas las leyes que entrasen en conflicto con la verdadera y sustancial felicidad del hombre, es decir, de la mujer, serían contrarias a la ley de la naturaleza dictada por Dios —pues de ese objetivo dotó Dios al hombre: perseguir la verdadera felicidad— y no tendrían validez. En la medida en que «el gran precepto de la naturaleza» remite a la voluntad divina, será importante hacer una relectura de la Biblia y quizás, por ello, el movimiento sufragista prendió mucho más en los países protestantes donde la libertad de conciencia era muy importante. En este contexto, se publicaría *La Biblia de la Mujer*, en la que se recogía el trabajo de muchas de las participantes de la declaración de 1848. Las ideas de Locke acerca de la libertad y la propiedad también fueron fundamentales para las mujeres a la hora de vindicar derechos como la educación, derecho al voto o a ser elegidas para cargos públicos. De hecho, y a pesar de que parte de los marxistas y de la izquierda tradicional tachasen al sufragismo de «feminismo burgués», el sufragismo no sólo estuvo abierto a cualquier problema social que afectara no sólo a la vida de las mujeres, sino que también el sufragismo y el abolicionismo compartieron tramos de sus luchas respectivas. Muchas mujeres apoyaron la emancipación de los esclavos negros, sin embargo, las mujeres llegarían a ser conscientes de sus limitaciones como seres cívicos cuando, con el tiempo, los negros liberados pudieron votar antes que las mujeres.

El sufragismo y sus vindicaciones fueron asumidos por los varones en torno a dos tópicos: las feministas eran, en realidad, hombres y unas histéricas. Lo expondría magistralmente Simone de

Beauvoir: «Existen dos tipos de personas en el mundo: los seres humanos y las mujeres. Y cuando las mujeres tratan de comportarse como seres humanos, se les acusa de ser hombres». Una imagen de las sufragistas que, debido a la fuerza del imaginario patriarcal, ha logrado imponerse hasta la actualidad. Esto pondrá de manifiesto una reacción patriarcal que poseerá una gran eficacia legitimadora: «la estrategia de la naturalización». También los varones tienen sexo, obviamente, pero, como diría Beauvoir, en el caso de la mujer ella es sexo para él, *ergo* es sexo en sí misma. Mary Wollstonecraft ya se aplicaría desde su racionalismo moral a refutar todos estos prejuicios, pero habría que esperar a la «segunda oleada» del feminismo para que se dieran las condiciones de *una irracionalización más radical a la vez que más elaborada del presunto naturalismo*. Y será, justamente, el feminismo radical el que asumirá fundamentalmente esta tarea.

5.2. «Lo personal es político».

El poder patriarcal es deslegitimado en la Revolución francesa por su analogía con el poder de los reyes y los aristócratas. Pero, tras experiencias como la de la lucha sufragista y las decepciones femeninas por la poca sensibilidad hacia sus problemas específicos, se vuelve necesario para las mujeres la libertad y autonomía para organizarse y constituir un marco teórico que represente fielmente su situación. Será patente la necesidad de una reconceptualización de la «política», y que será entendida como el conjunto de relaciones de poder en virtud de las cuales unas personas quedarían bajo el control de otras. Gracias a esta reconceptualización se hará posible teorizar el patriarcado, dando cuenta de los efectos que la dominación masculina tiene sobre la vida de las mujeres.

Kate Millet identificará en la sexualidad un elemento fundamental de esta relación de dominio y subordinación, de manera que subsistiría un modelo, arcaico y universal, del dominio ejercido por un grupo natural sobre otro: el que prevalece entre los sexos. Esta relación se desvelaría a través de un examen objetivo de nuestras costumbres sexuales, examen que Millet llevará a cabo mediante el análisis de algunas obras literarias contemporáneas. De esta manera, la política sexual tendría como objetivo la *naturalización* de la mujer, es decir, su reducción al estatus de simple hembra. Por lo que no es de extrañar que, como elemento desnaturalizador, el feminismo haya venido utilizando polémicamente el concepto de género para rechazar los rasgos adscriptivos ilegítimos adjudicados por el patriarcado a través de ese proceso de naturalización de las oprimidas. «*Lo personal es político*» implicaría así que el ámbito de lo privado no debe ser un enclave de naturalización que se autorregule por sentimientos y emociones personales, sino que se trataría justamente de desnaturalizar ese enclave poniendo de manifiesto que en él se desarrollan relaciones de poder y violencia. Por ello debería ser sometido al debate público y, en caso necesario, a la intervención de los poderes públicos.

5.3. El debate sobre las cuotas y la paridad.

Poco más de un siglo después de las luchas sufragistas, las feministas se encuentran con que su representación en los Parlamentos democráticos era mínima. Y teóricamente, las instituciones representativas lo son de sociedades de individuos; es decir, de seres humanos en tanto que abstraídos de sus características adscriptivas. Según Celia Amorós, lo que de esto se deduce sería que, de darse verdaderamente tal abstracción de individuo, la variable sexo-género sería aleatoria en los mecanismos de representación. Algo que no ocurre en una sociedad de sexos-géneros

jerarquizada, mejor dicho, una sociedad patriarcal. En esta las relaciones de poder funcionan como mecanismo interruptor de lo que sería una distribución equitativa entre varones y mujeres de la representatividad política. Pues bien: si ese mecanismo interruptor que es la jerarquización de estatus de acuerdo con el sexo-género funciona distorsionando el acceso a la representación política al producir una infrarrepresentación de las mujeres, habrá que habilitar otro mecanismo interruptor para desactivar ese efecto. Celia Amorós dirá que las características de este mecanismo deben ser aquellas que traduzcan operativamente la abstracción del individuo y cuya eficacia se contraste al producir efectos estadísticamente equilibrados. Este mecanismo corrector ha consistido en la introducción de cuotas en primera instancia como solución de compromiso en el camino a la paridad. Las mujeres necesitarían, entonces, que se las visibilizase como grupo, así como crear entre ellas pactos y redes para contrarrestar lo que, de otro modo, dejado a su tendencia «natural», derivaría en una degradación de la política en mafia masculina. Se vuelve así justo y necesario romper «el techo de cristal».